

CAPITULO X.

Del principio que tuvieron las rivalidades entre Méjico y Tlaxcala, y de la guerra que hizo á esta república Moteuhzuma en el segundo año de su reinado.

Los tlaxcaltecas, que habian poblado gran parte de las costas del golfo mejicano, tenian muchas relaciones con los pueblos establecidos en ellas; y ya por esta razon, como por la necesidad de proveerse de muchos artículos de que carecian en su territorio, mantenian un comercio muy activo con dichos pueblos, de donde en cambio de sus frutos traian oro, cacao, cera, algodón, ropa, miel, sal y ricas plumas, siendo estas tenidas en mucho aprecio en todas las comarcas de Anáhuac. La prosperidad de que gozaban por su industria fué un motivo de envidia para sus vecinos los huexutzincas, cholultecas, tepeaqueños y otros pueblos, que aunque habian sido amigos suyos, se convirtieron en enemigos, ya por los celos que les causaba su bien estar, ya porque habiendo caido bajo el yugo de los mejicanos hacian causa comun con estos, y participaban de su espíritu conquistador y ambicioso.

Los tlaxcaltecas por otra parte, alarmados con las continuas expediciones que armaban, ya la triple alianza, ya los mejicanos solos, y que por lo regular terminaban con la sumision de nuevas provincias á la corona de Méjico, creyeron que debian tomar sus medidas para que su territorio no corriese la misma suerte, y se decidieron á todo trance á defender su libertad, sin hos-

tilizar por esto á sus vecinos, con quienes se propusieron vivir en paz y buena inteligencia.

Mas lo que en realidad era una mera precaucion fué interpretado siniestramente por estos, y les sirvió de pretexto para indisponer á los mejicanos, haciéndoles creer que los tlaxcaltecas trataban de apoderarse de las provincias marítimas del golfo, y que por medio de su comercio con ellas aumentaban diariamente su poder, procurando seducirlas para que se pusiesen bajo su dominio. El tráfico de que sus envidiosos se quejaban no podia estar mas justificado por parte de los tlaxcaltecas; pues ademas de ser la gente de la costa originaria de Tlaxcala, y de considerarse unos y otros pueblos ligados con los vínculos del parentesco, los tlaxcaltecas tenian necesidad de proveerse en otra parte de algodón, cacao y sal, de cuyos efectos carecian. Sin embargo las representaciones, ó por mejor decir, calumnias de los huexutzincas y demas rivales de Tlaxcala indisposieron de tal suerte á los mejicanos, que desde los tiempos de Moteuhzuma Ilhuicamina trataron á los tlaxcaltecas como á sus mayores enemigos, manteniendo fuertes guarniciones en las fronteras de su imperio para impedirles el comercio con las provincias marítimas.

Privados los tlaxcaltecas de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron mandar una embajada á los mejicanos (lo que parece fué en tiempo de Axayacatl), quejándose de los perjuicios que se les seguian por las siniestras informaciones de sus rivales. Los mejicanos, insolentados con su prosperidad, respondieron que el rey de Méjico era señor universal del mundo, y todos los videntes sus vasallos, y que como tales debian los tlax-

caltecas prestarle obediencia, y reconocer su vasallage por medio de tributos, á la manera que lo hacian las demas naciones; pero que si reusaban someterse, perecerian sin remedio, sus ciudades serian arruinadas enteramente, y su pais habitado por otras gentes.

A una respuesta tan insensata y arrogante replicaron animosamente los embajadores: „Poderosísimos señores, Tlaxcala no os debe homenaje alguno, ni des„ de que sus antepasados salieron de los paises septen„ trionales para habitar esta tierra han pagado los tlax„ caltecas tributo á ningun príncipe. Siempre se han „ conservado libres; y no conociendo la esclavitud á „ que pretendéis reducirlos, ántes que someterse á vues„ tro poder derramarán mas sangre que la que derra„ maron sus mayores en la batalla de Poyauhtlan.”

Afligidos los tlaxcaltecas con la arrogante y ambiciosa pretension de los mejicanos, y sin esperanza de poderlos reducir á que entrasen en un acomodamiento razonable, pensaron seriamente en fortificar mas sus fronteras, para impedir cualquiera invasion. Antes de estas ocurrencias habian ya circundado su territorio con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en los puntos fronterizos; pero ahora con las amenazas de los mejicanos aumentaron sus fortificaciones, y el número de tropas que las defendian, y fabricaron aquella famosa muralla de dos leguas de largo, que impedia la entrada á sus enemigos por el lado del oriente, hácia donde era mas probable el peligro de una invasion. Desde entónces fué tal su vigilancia y el entusiasmo con que defendian su libertad, que habiéndolos atacado muchas veces los huexutzincas, cholultecas, itzcoaqueños, y tecamachaicas, y otros pueblos vecinos ó poco distan-

tes de Tlaxcala, no pudieron quitar á esta república ni un palmo de tierra.

Se habian refugiado á Tlaxcala muchos vasallos de la corona de Méjico, principalmente de los chalcas y otomites de Xaltocan, que escaparon de la ruina de su patria en la última guerra. Como era muy natural profesaban á los mejicanos un odio implacable por los males que habian recibido de ellos, siendo por consiguiente los mas á propósito para oponerse vigorosamente á los enemigos de los tlaxcaltecas. De facto los mejicanos no hallaron en otros mayor resistencia que en estos prófugos, particularmente en los otomites que eran los que componian la guarnicion de las fronteras, y los cuales por la fidelidad con que sirvieron á la república fueron grandemente recompensados por ella.

Desde el reinado de Axayacatl habian estado privados los tlaxcaltecas del comercio con los pueblos de la costa, de lo que resultó que el pueblo estuviese tan escaso de sal que se acostumbró á comer sin este condimento, del que no volvió á usar sino hasta muchos años despues de la conquista de los españoles; pero algunos nobles, que tenian secreta correspondencia con los mejicanos, se proveian de cuanto necesitaban, sin que lo entendiese el pueblo; pues ya se sabe que en las calamidades públicas los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, mientras que los ricos hallan medios de librarse de ella, ó por lo ménos de suavizarla.

Otro príncipe ménos ambicioso y soberbio que Motteuhzuma habria cuando ménos respetado á una nacion que habia sufrido tan grandes privaciones por conservar su libertad; pero muy al contrario, su orgullo no pudo

tolerar que esta pequeña república dejase de prestarle los homenajes que le tributaban los demas pueblos, y ordenó desde el principio de su reinado que los estados vecinos tuviesen listas sus tropas para invadirla por todas partes. Los huexutzincas y cholultecas confederados levantaron las suyas ántes que los otros, y dieron el mando de ellas á Tecayahuatzin gobernador de Huexutzinco; pero fiándose mas de su astucia que de sus fuerzas, intentaron primero con dádivas y promesas atraer á su partido á los habitantes de Hueyotlipan, ciudad de la república situada en la frontera del reino de Tezcoco, y á los otomites que la guarnecian por los demas rumbos. Esta tentativa fué vana, porque ni los unos ni los otros se dejaron seducir, y ántes bien protestaron que estaban resueltos á morir en defensa de la república.

Viéndose, pues, los huexutzincas obligados á valerse de la fuerza entraron con tal furia en las tierras de Tlaxcala, que no siendo bastantes á contenerlos las guarniciones de la frontera, avanzaron haciendo grandes estragos hasta Xiloxochitla, lugar que apénas distaba una legua de la capital. Tizatlatcatzin, famoso general tlaxcalteca, les hizo allí gran resistencia, pero al fin murió sucumbiendo á la multitud de sus enemigos, quienes sin embargo de haber obtenido estas ventajas, y de hallarse tan inmediatos á la capital, recelaron tanto de la venganza que tomarian los tlaxcaltecas, que se retiraron precipitadamente á sus tierras.

Quedaron los tlaxcaltecas tan resentidos contra los huexutzincas, que ya no se limitaron despues á mantenerse á la defensiva, sino que los invadieron varias veces, y una de ellas que atacaron su ciudad por el lado del Poniente los estrecharon en términos que se vieron

obligados á pedir auxilio á los mejicanos. El emperador Moteuhzuma alistó inmediatamente un ejército bajo el mando de su hijo el mayor, llamado Tlacahuepantzin, con cuyo socorro se figuraron los huexutzincas que les seria muy fácil acabar con sus enemigos. Tlacahuepantzin, que sin duda conoció cuan serio era el empeño en que se hallaba, no se dirigió inmediatamente á Huexutzinco, sino que se situó en Quauhquecholan para reforzar su gente con varias partidas de Chietlan é Itzacan (Izucar) que allí se le agregaron, y despues emprendió su marcha hácia Huexutzinco por el valle de Atlixco. Pero los tlaxcaltecas, noticiosos de los movimientos de los mejicanos, conocieron cuanto les importaba atacarlos ántes de que se reuniesen con los huexutzincas que se habian refugiado á la falda del volcan de Popocatepetl, y fué tan pronta é impetuosa su embestida que arrollaron enteramente á los mejicanos, haciendo en ellos una horrible matanza. Uno de los muertos fué el general Tlacahuepantzin, con cuya desgracia se pusieron en fuga los demas, y en el alcance que les dieron los tlaxcaltecas hicieron muchos prisioneros, y regresaron á su pais llenos de ricos despojos.

Es de creer que este triunfo les costase caro á los tlaxcaltecas, tanto porque los mejicanos eran muy valientes, como por no haberse atrevido á seguir inmediatamente estrechando como parecia natural el sitio de Huexutzinco, sino que se dirigieron á su capital á gozar el fruto de la victoria, y á prepararse para continuar la campaña con mayores fuerzas. Mas cuando lo verificaron ya estaban los huexutzincas muy bien fortificados, y así es que lograron rechazarlos, sin que los tlaxcaltecas obtuviesen otra ventaja que talar sus semen-

teras: de donde resultó que tanto en Huexutzinco como en Cholollan hubiese tal escasez de maiz, que muchos habitantes para remediar su necesidad emigraron á las provincias mejicanas y aculhuas.

Pero volvamos á Moteuhzuma, á quien la pérdida de su hijo le fué tan sensible, que para vengarla puso inmediatamente sobre las armas otro ejército, resuelto á asolar enteramente la república de Tlaxcala. Las fuerzas de que este se compondria se pueden conjeturar, así por el dolor que debió causarle la muerte de su primogénito, como por el discurso que segun Torquemada dirigió al consejo de guerra que mandó reunir cuando llegó á su noticia aquel infausto suceso. „Determinado estoy, dijo, á que todo el poder mejicano vaya „contra esa orgullosa nacion. La afrenta que nos han „causado exige por nuestra parte la mas pronta venganza; y si nuestros antepasados se contentaron con „impedir á los tlaxcaltecas la comunicacion con nuestros pueblos, teniéndolos en sus tierras enjaulados como codornices, para sacrificarlos y tener ocasiones de „renovar frecuentemente los ejercicios de la guerra en „que tanto importa tener adiestrados á los nobles, ahora que han llevado al colmo su atrevimiento, y que su „orgullo debe haber subido de punto con el triunfo que „han obtenido, he determinado destruirlos para que „conozcan que en la tierra no hay mas de una voluntad, un solo mando y un absoluto poder, que es el „mio. Mientras que Tlaxcala estuviere por conquistar, „no será yo el que debo ser.”

Todas las provincias limítrofes de la república tuvieron órden para levantar cuantas tropas pudiesen para bloquearla por todas partes; pero los tlaxcaltecas,

que habian previsto las hostilidades de los mejicanos, estaban muy bien preparados para repelerlas, y tenian muy reforzados todos sus puestos militares. Se combatió vigorosamente por una y otra parte, habiendo atacado por el Norte los zacatecas, tuzapanecas, iztacmixutecas, zautekas y teteleños; por el Sur y Levante los tepeaqueños, quecholtecas, tecamachalcas, tecalpanecas y totomihuas; y por el Poniente los cholultecas, huexutzincas, aculhuas y mejicanos; pero al fin fueron rechazadas todas estas tropas, que al retirarse dejaron un rico botin en poder de sus enemigos. La republica celebró con grandes fiestas esta victoria, y recompensó á los otomites, á quienes principalmente se debió, elevando á los principales gefes á la dignidad de Tecuhtli, que como se ha dicho en el discurso de esta historia era un distintivo de los mas honoríficos, y dándoles por mugeres á las hijas de los mas nobles tlaxcaltecas.

Los esfuerzos que hizo Moteuhzuma en esta vez, echando digámoslo así el resto para subyugar y aniquilar á Tlaxcala, hacen inverosímil lo que creen algunos historiadores, y entre ellos Clavigero, esto es, que los mejicanos dejaron de intento subsistir á esta república, tanto para tener siempre abierto un campo de batalla donde ejercitar el valor de sus tropas, como para procurarse fácilmente victimas que inmolar en sus festividades. Cuando mas este designio podrá atribuirse á los antecesores de Moteuhzuma, como se percibe claramente del razonamiento copiado arriba; pero este mismo razonamiento y los sucesos que acabamos de referir no dejan duda de que, por lo ménos en esta ocasion, se pusieron en obra por parte de los mejicanos cuantos

medios estuvieron á su alcance para exterminar á los tlaxcaltecas. Lo que sí parece probable es que las frecuentes guerras entre Méjico y Tlaxcala, si los españoles no hubieran aportado á estas regiones, habrían terminado al cabo con la sumision de la república á la corona; pues aunque sus fuerzas eran grandes, y sus tropas bastante aguerridas, era muy superior el poder de los mejicanos.

La historia de estos tiempos nos ha trasmitido el nombre de un héroe tlaxcalteca, cuya elevacion de alma y fuerzas hercúleas han sido justamente celebradas por todos los historiadores: hablamos del famoso Tlahuicole. Este fué hecho prisionero en una de las guerras siguientes, aunque no se sabe á punto fijo en cual, ni el tiempo en que esto se verificó (1). El maquahuil ó espada con que combatia, que los españoles llamaron macana, dicen que era tan pesado que apenas podia alzarlo del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre solo bastaba para aterrorizar á los enemigos de la república, y todos huian donde quiera que se presentaba con su arma formidable. En un asalto que dieron los huexutzincas á una guarnicion de otomites se metió Tlahuicole incautamente en un pantano, donde no pudiendo moverse con la expedicion que era necesaria cayó en poder de los enemigos, y encerrado en una fuerte jaula fué conducido á Méjico y presentado á Moteuhzuma.

El rey supo apreciar el valor de este nemigo suyo, y en lugar de hacerlo morir le concedió generosamente

(1) Torquemada y Clavigero creen que fué en los últimos años del reinado de Moteuhzuma.

la libertad, y le permitió que regresase á su patria, cosa que jamas se habia concedido á ningun otro; pero el arrogante prisionero no quiso aceptar esta gracia, diciendo que no tenia valor para presentarse á sus compatriotas con ignominia, y que queria morir como los otros prisioneros en honor de sus dioses. Viéndolo tan decidido á no volver á su patria, y no queriendo privar de la vida á un guerrero tan valiente, lo entretuvo Moteuhzuma en su corte, con esperanza de reconciliarlo con los mejicanos, y aprovecharse de sus servicios en favor del imperio.

Entretanto se declaró la guerra á Michuacan, y aunque se ignoran los sucesos particulares que en ella ocurrieron, se sabe que Tlahuicole aceptó el mando de un ejército que le confió Moteuhzuma, y que marchó con él á Tlaximaloyan que era uno de los puntos fronterizos del reino de Michuacan. Tlahuicole correspondió cumplidamente á la confianza que se habia hecho de él; pues si bien no pudo desalojar á los michuacanos del puesto en que se habian fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó una cantidad considerable de oro y plata. Moteuhzuma apreció como debia este servicio, y volvió á instarle para que usara de la libertad que le habia otorgado; mas rehusándola él lo mismo que antes, le ofreció el rey el honorífico empleo de Tlacatecatl que, como se ha visto ya, correspondia al de general de los ejércitos mejicanos. Entonces contestó denodadamente el tlaxcalteca: „Jamás seré yo traidor á mi patria: quiero morir, y la gracia que pido es recibir la muerte en el sacrificio gladiatorio.“ Sin duda lo pidió así por ser este el que se destinaba á los prisio-

neros de mas nota, y por lo mismo le era mas honroso que el sacrificio ordinario.

Tres años se mantuvo este famoso capitán en Méjico, en compañía de una de sus mugeres, que vino de Tlaxcala á reunirsele. Clavigero congetura que los mejicanos proporcionarian esta union para que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobleciese con sus proezas la corte y el reino de Méjico. En todo este tiempo no cesó de instarle Moteuhzuma para que usase de su libertad, ofreciéndole, si no queria volver á su patria, los cargos mas honoríficos y muchas mercedes para sí y para cuantas personas quisiese; pero nunca consiguió que Tlahuicole le pidiese otro favor que el de morir en el sacrificio gladiatorio.

Viendo, pues, el rey la obstinacion con que rehusaba todos sus ofrecimientos, condescendió á sus bárbaros deseos, y fijó el dia del sacrificio. Ocho dias ántes comenzaron los mejicanos á celebrarlo con bailes y muchas fiestas, y en ellos dicen algunos escritores que le dieron á comer la carne de su muger, á quien sacrificaron ántes (1); y luego que pasó el término señalado fué conducido al lugar del sacrificio, donde en presencia del rey, de la nobleza y de una inmensa multitud de pueblo, lo ataron por el pie al temalacatl, que como se dijo en el capítulo VII era el nombre que daban á la piedra redonda en que combatia el prisionero. Se

(1) Torquemada dice que fué sacrificada el mismo dia que Tlahuicole; pero sin duda fue antes, pues conviene en que este comió de su carne. La decencia no permite referir el pasage segun se lee en Torquemada. Quien quisiere satisfacer su curiosidad puede consultarlo á la pág. 220, tom. 1, lib. 2, cap. LXXXII.

presentaron en seguida muchos combatientes, de los cuales mató ocho é hirió veinte, segun algunos refieren, hasta que cayó en tierra medio muerto de un golpe que recibió en la cabeza. Inmediatamente fué conducido ante el ídolo de Huitzilopuchtili, donde los sacerdotes le abrieron el pecho, le arrancaron el corazon, y precipitaron su cadáver por las escaleras del templo conforme al rito establecido. Asi terminó su vida este famoso caudillo, digno por su valor y acendrado patriotismo de los elogios de la posteridad.

CAPITULO XI.

De la grande hambre que se padeció en el reino de Mejico despues de la guerra de Tlaxcala. Expedicion contra Quauhtemallan. Moteuhzuma renueva el acueducto de Chapoltepec, y construye un nuevo templo. Rebelion de los mixtecas, y otras revueltas.

Se hallaba Moteuhzuma en el tercer año de su reinado, cuando con motivo de una gran seca que se experimentó por dos años consecutivos se hizo sentir el hambre en la capital y en todos sus contornos, habiéndose extendido esta calamidad hasta mas de veinte leguas á la redonda. Para proverse de maiz acudian los mejicanos á lejanas tierras; pero bien pronto se hizo este recurso muy difícil por la costumbre que tenian aquellas gentes de no sembrar sino lo preciso para el consumo anual, como sucede regularmente en todos los países que no han llegado á un alto grado de civilizacion.

Llegó á tal extremo la escasez, que las madres, para socorrerse y no ver perecer á sus hijos, los vendian á vil precio. Moteuhzuma tuvo entonces ocasion para ejercer su gran liberalidad. Abrió sus graneros, y distribuyó entre los pobres todo el maiz que habia en ellos, en lo cual se mostró tan humano, que segun Torquemada entraba él á la particion que se hacia entre sus súbditos por iguales partes, como uno de tantos. Pero mirando que estos socorros eran insuficientes para remediar la necesidad, les permitió que emigraran á otras provincias para procurarse el sustento que aquí les faltaba, imitando en esto al gran Moteuhzuma I, que en iguales circunstancias les habia concedido el mismo permiso. El año siguiente, que fué el de 1505, cesó esta calamidad con las abundantes cosechas que en él se levantaron.

El mismo año en que se padeció el hambre se advirtió por espacio de veinte dias que el volcan de Popocatepetl cesó de arrojar humo, lo cual, dice Torquemada, tuvieron los mejicanos por indicio de que el siguiente habia de ser año de abundancia, aunque no indica la relacion que daban á la falta del humo del volcan con la prosperidad que anunciaban.

Apénas se vieron libres del hambre cuando marcharon contra los quauhtemaltecos, á quienes declaró Moteuhzuma la guerra, probablemente por algunas hostilidades cometidas contra sus súbditos. Para esta expedicion dió á los soldados armas y vestidos nuevos que fueron á estrenar al combate, y habiendo sido el resultado favorable al imperio, todos los prisioneros que se hicieron en esta campaña fueron despues sacrificados en la dedicacion del templo de la diosa Chicomecoahuatl,

por otro nombre Centeotl, en cuya fábrica se empenó Moteuhzuma en medio de las guerras que ocupaban su atencion.

Esta era la diosa de la tierra y del maiz, y así es que la celebridad con que se estrenó su templo fué extraordinaria con motivo del hambre que se acababa de padecer. Uno de los muchos nombres que le daban era el de Tonacayohua, que quiere decir *la que nos sustenta*. Tenia en la corte cinco templos, y se le hacian tres fiestas en el discurso del año. Los totonacas eran los que mas la reverenciaban, pues la miraban como á su principal protectora, y le tenian consagrado un templo en la cima de una montaña, servido por muchos sacerdotes. El afecto con que la miraban provenia de que creian que no gustaba del sacrificio de víctimas humanas, sino del de tórtolas, codornices y otros animales que le ofrecian en gran cantidad, y esperaban que los habia de liberrar del bárbaro yugo de los otros númenes que adoraban, y á quienes sacrificaban tanta gente. Los mejicanos tenian sin embargo distinta opinion acerca de esta diosa, y así es que en sus fiestas derramaban mucha sangre humana.

Otra de las empresas que ocuparon la atencion de Moteuhzuma fué la reparacion de la calzada de Chapultepec, y del acueducto construido en ella, el cual estaba muy deteriorado, y se padecia por lo mismo en Méjico grande escasez de agua potable. Mas el regocijo que causó la conclusion de esta importante obra fué turbado por el incendio de la torre de un templo, llamado zomolli, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de los arrabales, particularmente los de Tlatelolco, que ignoraban el origen del incendio, cre-

yeron que lo habian causado algunos enemigos llegados improvisamente á la ciudad, por lo cual se armaron para defenderla y acudieron en tropel al templo. Moteuhzuma, equivocado tambien por su parte, pues creyó que este era un alboroto suscitado por los tlatelolcas para provocar una sublevacion, pues siempre se les veia con alguna desconfianza, como que su sumision á la corona no habia sido voluntaria, se indignó en tal extremo que los despojó de todos los empleos que servian en la corte, y aun les prohibió que se presentasen en ella. No pudieron apartarlo por entónces de esta resolucion ni las solemnes protestas que le hicieron de su inculpabilidad, ni las súplicas con que imploraban su perdon; pero despues que se serenó revocó las severas órdenes que habia dictado en el primer ímpetu de su cólera, y los restituyó á su gracia.

Mientras esto pasaba en la capital, los mixtecas y zapotecas á instigacion de sus gobernadores se rebelaron contra Moteuhzuma, habiendo sido los principales gefes de la conjuracion Cetecpatl, señor de Cohuixtlahuacan, y Nahuixochitl señor de Tzotzolan. Para llevarla al cabo se determinó que Cetecpatl diese un banquete, y convidase para disimular á los habitantes principales de los pueblos comarcanos, y entre ellos á los gefes y oficiales de las guarniciones mejicanas que habia en Tecuantepec, Huaxyacac (hoy Oajaca), y otros puntos de aquel territorio, y que al regreso del convite fuesen estos asaltados por una emboscada, que debia prepararse en un sitio del camino muy á propósito para el caso, por estar léjos de poblado y ser paso preciso para los mejicanos. Todo se verificó conforme lo habian dispuesto, y el despiadado Nahuixochitl, que

fué el encargado de ejecutar la inicua trama, tuvo tanto acierto para descargar sobre los mejicanos este golpe de perfidia, que todos ellos fueron asesinados, sin que ninguno pudiera defenderse, porque iban sin armas, sin preveer que pudieran necesitarlas para asistir á un banquete.

Texacan, uno de los gobernadores que tenia puestos Moteuhzuma en aquellas provincias, luego que supo el suceso le dió noticia circunstanciada de él. Lleno de sentimiento el emperador, lo comunicó á los dos reyes aliados, para que lo auxiliasen en la guerra con que dispuso tomar venganza de tan horrible atentado; y obtenida la cooperacion que deseaba, marchó un ejército respetable contra los sublevados, quienes bien apercebidos á la defensa, como que conocian la atrocidad del hecho con que habian provocado á Moteuhzuma, pelearon valerosamente contra los mejicanos. Estos lograron al fin ponerlos en fuga, pero no se atrevieron á internarse en su territorio sin nuevos refuerzos que pidieron á Méjico, porque hallándose muy poblado, y habiendo hecho causa comun la mayor parte de aquellos pueblos, eran muchos los enemigos con quienes tenian que combatir.

Mientras se disponian los refuerzos, tuvieron tiempo de fortificarse los mixtecas; y así es que cuando aquellos llegaron, hallaron tomados los mejicanos todos los puntos por donde podian internarse á la provincia de Tzotzolan, y tuvieron que hacer un gran rodeo para llegar á Huautlan, donde se les reunió Cozcaquauh-tli, hermano de Cetecpatl segun Torquemada, y segun Clavigero de Nahuixochitl, el cual habia permanecido fiel á los mejicanos. Fué este muy bien recibido del ge-

neral, que era Cuitlahuatzin, hermano y sucesor de Moteuhzuma en el trono, como despues veremos; y habiéndose celebrado una junta de guerra para deliberar sobre el modo de apresurar la campaña y asegurar sus buenos resultados, sirvieron de mucho en él los informes de Cozcaquauhli, quien como práctico en el terreno, y muy bien instruido en los proyectos de los insurgentes, dió cuantas noticias se pudieran desear para formar el plan de las operaciones militares.

Arreglado todo, se puso en marcha el ejército, y se dirigió en busca del enemigo. Hizo noche en el mismo lugar en que habían sido asesinados los gefes mejicanos, que era una cañada por donde pasaba un arroyo llamado de Tzotzolan, sin duda porque sus aguas regaban las tierras de esta provincia. A la mañana del siguiente día se encontraron los mejicanos con una division compuesta de tixtecas, y habiéndose trabado un combate muy reñido, quedó la ventaja por parte de los mejicanos, pues los tixtecas que no los esperaban tan pronto se hallaban sin gefe, por haber este ido a concertar con el señor de Tototepec las medidas que debian adoptar para la defensa; y así es que cedieron el campo á los enemigos, y se retiraron á un cerro que de antemano tenían muy bien pertrechado.

Luego que Nahuixochitl supo este descalabro, y que los mejicanos tenían acorralados á los suyos en el cerro, acudió á su socorro con mucha gente de Tototepec, y presentó la batalla á los sitiadores. Aceptaronla estos, y aunque lograron que la victoria se decidiese á su favor, fué despues de un combate muy sangriento en que se peleó por ambas partes con mucha obsunacion. Los pocos que escaparon de la refriega,

uno de los cuales era el general Nahuixochitl, tuvieron despues mucho que sufrir, pues la guarnicion de Huaxyacac los persigió de mil maneras, y prendió á muchos de ellos: sin embargo Nahuixochitl logró frustrar por entónces las tentativas de sus enemigos.

Los mejicanos despues del triunfo se derramaron por todos los pueblos de la comarca, los saquearon, hicieron prisionero á Cetecpatl, y á otros varios nobles que habian abrazado el partido de los insurgentes, y regresaron á Méjico ricos de despojos justamente cuando se celebraba la fiesta del mes tlacaxipehualiztli, que como se ha dicho en otra parte quiere decir *desollamiento de hombres*; lo que basta para inferir el paradero que tendrian los infelices que cayeron prisioneros en esta guerra. Sin embargo, á Cetecpatl no lo sacrificaron sino despues que hubo declarado quienes eran sus cómplices en la conspiracion.

A pesar de estas ventajas obtenidas por los mejicanos, no debia darse por concluida la guerra mientras no se lograse prender á Nahuixochitl, que habia sido uno de los principales motores del levantamiento. Fué necesario para esto enviar otra expedicion, y en un encuentro que este caudillo tuvo con las tropas mejicanas quedó vencido y hecho prisionero, y por supuesto sacrificado en Méjico. La provincia de Tzotzolan, de que era gobernador, fué dada á Cozcaquauhli, por haberse mantenido fiel á los mejicanos, posponiendo al afecto que les tenia los vínculos de la sangre lo unian con los gefes de la revolucion.

En el mismo año en que se hizo esta guerra tuvieron algunas diferencias los huexutzincas y chololtecas, y aunque se ignora el motivo que las ocasionó, se sa-

be que llegaron á ser muy serias, y que se dieron un terrible combate. Los chololtecas, no muy prácticos en el ejercicio de la guerra, pues eran gentes pacíficas dedicadas á la religion, á las artes y al comercio, sucumbieron en la lid, y se retiraron á su ciudad; pero sus enemigos los persiguieron sin demora, les quemaron algunas casas, y les mataron no poca gente.

Cholollan era una ciudad, digámoslo así, sagrada, por los muchos templos que habia en su recinto, y particularmente por el que estaba consagrado al Dios Quetzalcohuatl en la famosa montaña ó pirámide que describe Veytia en el cap. XX del libro primero, cuyo templo dice el mismo autor que fué el primero de que halló memoria en las historias indígenas. Así es que no bien lograron esta victoria los huexutzincas, cuando conociendo lo mal que habia de recibir la noticia el supersticioso emperador de Méjico, le enviaron dos mensajeros, llamados Tolimpanecatli y Tzoncoztli, con el fin de justificar su conducta con los chololtecas; y bien fuese por exaltar el valor de sus compatriotas, ó por otra causa que se ignora, exageraron aquellos de tal suerte el descalabro de los chololtecas, que Moteuhzuma llegó á creer que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado la ciudad.

Afligido en extremo, y temiendo la venganza de Quetzalcohuatl, cuyo santuario creyó que habian profanado los huexutzincas, consultó con los dos reyes aliados lo que deberia hacerse en el caso, y se determinó que fuesen á Cholollan algunas personas de calidad, que cercioradas de lo ocurrido diesen cuenta al emperador. Así se verificó, y mirando este el enga-

ño que le habian causado con sus ponderaciones los enviados de Huexutzinco, se irritó en extremo, y alistó un ejército, dando orden al general de que los llevase presos y los entregase á los huexutzincas, castigando á estos severamente si no le daban la debida satisfaccion.

Se hallaba el ejército en un lugar inmediato á Huexutzinco, llamado Ayocatlan, cuando los habitantes, creyendo que iban á ser atacados, se presentaron formados en orden de batalla; y hubieran acometido á los mejicanos, si el general no se hubiera adelantado haciéndoles señales de paz, y dirigiéndoles á nombre suyo y de los demas gefes el discurso siguiente: „Nuestro señor Moteuhzuma, que tiene su corte en medio de las aguas, y el señor de Aculhuacan Nezahualpilli, que manda en las orillas de la laguna, y Totoquiyauhtzin, señor de los tecpanecas, que reina en la falda de los montes, nos mandan para que os digamos que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Cholollan, y la muerte de sus habitantes: que esta noticia les ha causado el mas vivo dolor, y que se creen obligados á vengar el atentado sacrilego que se ha cometido en la casa de nuestro Dios Quetzalcohuatl.” A esta seria intimacion contestaron los huexutzincas: „Nuestras disensiones con los chololtecas no han llegado al extremo que decis; y si nuestros enviados han faltado á la verdad, nosotros no solo estamos en obligacion de desmentirlos, sino tambien de castigarlos.” Y diciendo esto, mandaron cortar las orejas y las narices á los embajadores, que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público, y los entregaron al general mejicano, diciéndole: Volved á vuestros señores, y presentadles á estos